



Óscar Jaramillo. *Sin título*. Dibujo en grafito y trementina. 72 x 58 cm. 1997

Postergaciones

Larissa Molano Osorio

Aunque algunos ya contábamos con algo de práctica en dejar para un poquito después palabras, decisiones, tareas, duelos, planes, nada nos había preparado para postergar también, casi todos al mismo tiempo, la vida afuera.

Existen muchas palabras diferentes para nombrar las postergaciones voluntarias —hemos sido testigos de los minutos de fama de algunas de ellas— y sería injusto pensar que sus consecuencias son siempre perjudiciales. Otro tipo de postergaciones, las que no están en nuestras manos ni involucran nuestra decisión, también se pueden llamar de varias maneras: azar, destino, suerte... y ahora: Covid. El cultivo del arte de la postergación podría ayudarnos a aceptarlas y a sonreírles, a acogerlas sin prevención, a pesar de que no dispongamos de ninguna certeza acerca de sus efectos.

Pero cuesta someterse a esas postergaciones involuntarias, como a la actual postergación del afuera, aunque no se piense en un evento concreto del mundo exterior sino, simplemente, en las posibilidades que ofrecía. Para lidiar con esta novedad, hemos tenido que negociar prioridades con nosotros mismos y aprender a dejar pasar de largo. Escudarnos con una justificación objetiva para salir a la calle es una de las concesiones que hemos hecho en estos meses, con una sensación completamente opuesta a aquella de libertad que nos invadió en la

adolescencia cuando recibimos por primera vez las llaves de la casa familiar y la calle fue una nueva conquista.

Quizá ahora nos convenga especializarnos en la calma y en la espera, en la percepción sosegada del paso del tiempo. Quizá en ese proceso podamos llegar a sentir por lo menos un poco de la entereza de Jean Tarrou, el personaje de *La peste* que había llegado a Orán solo unas semanas antes de que estallara el virus, cuyo diario cita el cronista en varias partes del libro: “‘Pregunta: ¿qué hacer para no perder el tiempo? Respuesta: Sentirlo en toda su lentitud’”.

Aunque Óscar Jaramillo dibujó esta obra en 1997, hoy asombra su vigencia, pues bien podría aparecer en este momento por primera vez como una añoranza del maestro, como su recuerdo de esos encuentros en la calle que ya llevamos meses postergando. Por esa capacidad de trascender en el tiempo y de, con su paso, ofrecer nuevas interpretaciones, podríamos pensar que, como los libros clásicos para Calvino, quizá esta obra tampoco termine nunca de decir lo que tiene que decir.

Larissa Molano Osorio. Comunicadora Social-Periodista y editora en la Editorial Universidad de Antioquia.